

RAUL CARDIEL REYES

La Universidad Humanista y el Humanismo de Antonio Castro Leal



Humanidades

1126

En tiempo de



Cuadrante

Año IX

No. 2

UNIVERSIDAD AUTONOMA
DE SAN LUIS POTOSI

1982

1126

La Universidad Humanista y el Humanismo de Antonio Castro Leal

RAÚL CARDIEL REYES

NUNCA ha sido más trascendente discutir y reflexionar sobre la función social de la Universidad que en estos momentos. Las circunstancias sociales y políticas por las que ahora atraviesa México afectan a sus instituciones fundamentales, entre otras, a las universidades mismas. Por eso, nada más propicio para meditar sobre la Universidad Mexicana de nuestros días, que éste dedicado a la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, que ha llenado todo un ciclo de la cultura de nuestro Estado.

Cuando triunfó el Movimiento de Reforma en el año de 1867, se consumaba con ello un largo proceso, iniciado desde la insurgencia del padre Hidalgo, hasta llevar a México al nivel de un país moderno, civilizado. Varios cambios estructurales envolvía este movimiento de la Reforma que tocaban las bases más hondas del país: una revolución política, por cuanto trataba de realizar una verdadera república liberal y democrática, que se logró con la Constitución de 1857, una revolución cultural, por cuanto trataba de difundir, lo más posible, el movimiento científico del positivismo, en el cual se representaban entonces las más avanzadas aspiraciones para

transformar la mentalidad heredada de la colonia y establecer nuevas estructuras mentales: lógicas, morales, sociales y políticas. Las nuevas instituciones de enseñanza superior, que entonces se denominaron institutos científicos y literarios, tuvieron a su cargo llevar a cabo esa gran transformación cultural. Como un resultado de estos dos cambios fundamentales, se iniciaba el camino hacia la transformación económica del país, que no se presentó en la forma de una revolución industrial, como acontecía en la mayor parte de los países europeos, sino que tuvo, entre nosotros, la forma de una reorganización de nuestra maltratada economía agrícola, y la consiguiente organización de las haciendas y las masas campesinas, en las peonadas de esas haciendas, la restauración de nuestra destruída industria minera, que había tenido un glorioso pasado y la creación de un gran sistema ferrocarrilero, como vehículo de la nueva economía agrícola y extractiva que se levantaba poderosamente con el movimiento de Reforma.

La Universidad tuvo en esa época la función fundamental de crear un movimiento científico, jurídico, liberal y literario, como base de la cultura que culminó, como todos sabemos en la gran cultura porfiriana. El positivismo y el darwinismo social fueron las bases científicas y filosóficas de la época. En términos generales podría decirse que la Universidad cumplió con esa función, formando las clases directivas que el país demandaba, para echar a andar por el camino abierto por el movimiento de Reforma.

Pero la enseñanza universitaria se concebía como la formación de élites, sin un amplio sentido de educación popular, de cultura hacia las masas. La educación no se consideraba un servicio que tenía que rendir el Estado a las clases sociales, sino un *status* y una condición que el esfuerzo personal tenía que alcanzar, por sí mismo, sin la ayuda oficial de nadie. Manifestación de esta actitud elitista de la cultura, son los argumentos que esgrimió don Luis Cabrera y otros legisladores contra don Antonio Caso y la joven generación de los "siete sabios", que le

acompañaba, cuando solicitaron al Congreso la autonomía de la Universidad Nacional. La única obligación del Estado es la educación primaria, dijeron, pero la educación superior, la universitaria, es un privilegio de unos cuantos, que tiene que subsistir y sostenerse por sí sola.

Pero el gran vendaval de la Revolución cambió todo el panorama social de México. No era que se tratase de cambiar los carriles fundamentales, por los cuales había echado a andar el país, desde los remotos impulsos de la insurgencia. Muy por el contrario, la Revolución quiso racionalizar sus principios de democracia principalmente. Contra el porfirismo, el agravio fundamental era haber sido una dictadura que nagaba básicamente la participación popular en las grandes decisiones políticas. A la revolución cultural que inició la Reforma se le acusó precisamente de haber sido parcial, elitista, limitada a las clases medias y acomodadas, a los medios urbanos y haber abandonado a las masas obreras y campesinas. La Revolución reclamó básicamente la educación popular más amplia. Por eso el doctor José Vasconcelos, con un profundo sentido visionario que nunca dejaremos de elogiarle, inició la educación rural, la educación indígena, impulsó la difusión popular de la cultura, fundamentalmente la de los clásicos, creó las primeras campañas de alfabetización, de bibliotecas y promovió los desayunos escolares, los conciertos populares gratuitos. En la Revolución, nadie tuvo una conciencia tan clara del sentido popular que debía tener la Educación como el doctor José Vasconcelos.

Debemos también acreditar a la clarividencia de Vasconcelos el haberse percatado de la función primordial de la Universidad, en la época de la Revolución. No debía sólo formar parte de esa gran educación popular que exigía la Revolución, haciéndose accesible a todos los grupos sociales, especialmente los necesitados y menesterosos, sino también debía dejar de ser el ámbito exclusivo de las profesiones liberales, como se les llamaba entonces, las consideradas clásicas las de Medicina,

Ingeniería y Derecho. Se empleó a fondo para hacer de la Universidad el vehículo más importante para la Revolución Industrial, que se aproximaba, de modo irresistible, creando las carreras técnicas, no sólo a nivel profesional sino subprofesional. Creó la Escuela de Maestros Constructores antecedente de la actual Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura y del Instituto Técnico Industrial, la primera escuela politécnica del país. Se enorgullecía de haber ampliado generosamente la Escuela de Ciencias Químicas de Tacuba, fundada por Félix Palavicini en 1916, para aligerar la numerosa inscripción, "peligrosa" decía textualmente, de las escuelas de Medicina y Abogacía. Destinó también, con el mismo propósito, una casa para una Escuela de Electricidad. En su libro *Indología* dice así: "Para asegurar el éxito de la reforma educacional en el sentido de la eficacia científica, logramos hacer a un lado de los puestos directivos y de organización a los abogados, a los médicos y aun a los pedagogos y todo lo pusimos en manos de ingenieros y de técnicos", que si bien puede aplaudírsele, por dar un nuevo y enérgico giro a la enseñanza superior, no puede actualmente considerarse, totalmente como una sabia medida administrativa. Aunque es propio del estilo y temperamento del genio vasconceliano, el irse hacia los extremos en materia de reformas, tanto teóricas como prácticas.

Pero la Universidad técnica que Vasconcelos concibió en los inicios de la Revolución, se convirtió pronto en la Universidad Autónoma, defensora de la libertad de pensamiento, de la libertad de cátedra, frente a las pretensiones de la cultura dirigida por el Estado, que apareció claramente en la reforma constitucional que estableció la educación socialista en el país, en 1934, derogada posteriormente, entre otras cosas por la vigorosa oposición de los universitarios mexicanos.

De este modo, la Universidad adquirió una doble función; una estrictamente académica, que consiste en transmitir la cultura, en todas sus dimensiones esenciales, no sólo la científica, sino la artística, la histórica y la filosófica; y la

crítica que consiste en el más amplio pluralismo teórico, la más amplia libertad para discutir y exponer las más diferentes teorías, lo mismo en lo científico que en lo político o lo social. Esto constituye esencialmente la libertad de cátedra, que ha llegado en el presente régimen de gobierno, a principio constitucional de las universidades mexicanas. Si se me pidiese un término que abarcase esa universidad, académica y crítica, pluralista y popular, que quiere llegar a los más esenciales dominios de la cultura y dar fácil acceso a todos los grupos y clases sociales, escogería el término "humanista". Estamos ahora en la fase de una universidad humanista que lucha desde conceptos universales por el desenvolvimiento armónico e integral de la cultura mexicana. La Universidad contemporánea debe afirmar en el hombre la confianza en sus capacidades creadoras, desplegar su sentido de justicia y despertar nuevamente el sentimiento de fraternidad universal que los odios políticos quieren desterrar y destruir entre los seres humanos.

Desgraciadamente, en la actualidad una serie de factores intenta transformar esta universidad de sentido humanista, en un tipo totalmente opuesto, en una institución que, siguiendo la ruta crítica, se siente responsable de señalar a la sociedad de su tiempo, todos los vicios que la degeneran, los errores de sus sistemas sociales y políticos y convertirse ella misma en el instrumento de su cambio y de su transformación estructural. La lucha de las ideologías; los centros de poder político que intentan atraer hacia ellos no sólo a los países y pueblos, sino también a los partidos políticos, a las iglesias y a las propias universidades; los rasgos irracionales, típicos de esta época confusa y revuelta en que vivimos, como la exacerbación de los instintos sexuales, la violencia en la lucha política, la interpretación violenta del marxismo, que lo ha convertido en una doctrina que justifica la guerrilla urbana, lo que yo llamo el marxismo con fusil, todos estos rasgos, repito, han invadido a las universidades e intentan imponerle su estilo y su fisonomía. Si nuestras instituciones cedieran a estos impulsos y rasgos irracionales, se convertiría la Universidad en una institución

crítica y pluralista, en una institución dogmática y facciosa; de una universidad académica, dedicada al estudio de la ciencia y a la difusión de la cultura, en una institución política, instrumento de partidos políticos, comprendidos con determinados programas políticos y con determinados centros de poder, pasaríamos en una palabra de una ciencia libre sin prejuicios, objetiva, sin otra moral que la lógica, a una ciencia comprometida, con los partidos y las ideologías en lucha por el poder, sin otra moral que la política. De este modo la universidad perdería su sentido crítico para hacerse dogmática, su sentido popular para hacerse populista, su sentido académico para hacerse política. La Universidad se transformaría de un instrumento de cultura, en el instrumento de la política de mayor poder social.

Pertenezco a la Universidad potosina, por haberme formado aquí desde el ciclo preparatorio al profesional, por haber formado parte de su Consejo Universitario, y participado en muchas de sus instituciones culturales. De hecho he promovido muchas actividades de las cuales la Universidad potosina ha sido el centro y el resorte principal. Por eso me atrevo a vaticinar que la Universidad de San Luis Potosí sabrá mantener su tradición auténticamente universitaria, como institución dedicada a la vida académica, al desarrollo de la ciencia y a la más amplia difusión de la cultura, bajo los principios de la autonomía universitaria y la más amplia libertad de cátedra y de investigación, que han sido de hecho, por mucho tiempo, las normas regulativas de su ya larga y fecunda vida institucional.

Al hablar del sentido profundamente humanista de nuestra Universidad, no podemos menos que recordar al doctor Antonio Castro Leal, oriundo de esta noble ciudad de San Luis Potosí, distinguido escritor, crítico literario insigne, historiador de la cultura, pensador de avanzadas ideas políticas y sociales, en cuyo honor la Universidad Autónoma de San Luis Potosí acaba de organizar un certamen de carácter nacional,

convocando a sus poetas y escritores a rendir sus obras en homenaje de tan ilustre potosino.

Don Antonio Castro Leal fue un humanista en el mejor sentido de la palabra. Porque no ha de tomarse humanismo, en el sentido, ya enteramente anticuado, del erudito en las literaturas clásicas, la griega y la romana, ni siquiera en el erudito de la literatura universal, incluyendo principalmente a los modernos, con Dante, Goethe y Shakespeare a la cabeza. Humanista es quien aspira y cree en una cultura universal, que incluye sus aspectos más esenciales como la literatura y el arte, tenga clara idea de las grandes concepciones filosóficas que animan al mundo, posea una imagen más o menos congruente y científica del universo, y pueda dar cuenta del proceso histórico general, con sus directrices fundamentales, sus fases más importantes, y las creaciones espirituales más elevadas que resulten de todos estos múltiples conocimientos del quehacer humano en el mundo.

El humanista debe tener una sólida, congruente, ordenada cultura universal, porque cree fundamentalmente que el hombre pertenece ante todo a la especie humana, se debe al género humano, que existen intereses humanos, altos y perdurables, sobre las diferencias, de religiones, lenguas, pueblos y razas. El humanista tiene una fe robusta y firme en que los pueblos todos de la tierra aspiran a formar una gran unidad universal, en donde se fundan todos los credos y todos los anhelos, en donde se procure realizar un mismo orden en el que prevalezca la justicia, la paz, la fraternidad. Desde este elevado punto, avizora la historia del mundo, contempla sus vicisitudes, juzga sus luchas, medita sobre sus crisis.

Así en el verdadero, en el auténtico humanista se han de conjugar las mejores cualidades del hombre: saber universal, pasión por la verdad y la justicia, sentimiento profundo de la comunidad humana. Todo esto lo poseía don Antonio Castro Leal, a quien traté por largos años y de quien oí y recibí per-

durables y eternas lecciones sobre el drama del hombre sobre la tierra. Su obra misma es testimonio fehaciente de sus preocupaciones universales, de su delicada búsqueda de la belleza no sólo en nuestros poetas y literatos, sino en los clásicos y los modernos, como Dante, Shaw y Tolstoi. Vivió su época con plenitud. Estudió de cerca sus creaciones espirituales más sobresalientes. Recorrió los museos del mundo, trató a las más brillantes personalidades, como el Papa Juan XXIII, el General Charles de Gaulle. Se extasió ante los mármoles eternos del Partenón griego o ante las solemnes y milenarias pirámides teotihuacanas. Oyó a los políticos, paladeó a los poetas, contempló las obras de los grandes pintores, escuchó a los mejores músicos del mundo. Sí, don Antonio Castro Leal fue un humanista en el mejor sentido de la palabra.

Toda esa esencia pura de las más altas manifestaciones culturales las escanció en sus obras, con un exquisito y cuidadoso estilo literario, dentro de las formas de un español limpio y castizo, pulido y resonante. Sus experiencias las sirvió en las elegantes cráteras de sus críticas literarias, en sus análisis de las obras de arte o en los agudos comentarios políticos y sociales de su tiempo. En toda su obra cuidó su estilo, con la pasión de un artista y la conciencia profesional de un orfebre. Sus obras resistirán el paso corrosivo de los años y los persistentes óxidos del tiempo. Ahí quedarán para ejemplo de las generaciones futuras, de lo que fue un acendrado, elegante espíritu potosino.

Este homenaje que la Universidad Autónoma de San Luis Potosí rinde a uno de sus hijos más preclaros, desearía extenderlo a los miembros de su familia, aquí presente, a la estimable señora, su esposa, doña Rafaela Espino de Castro Leal, que fue su compañera en su largo peregrinaje por el mundo y quien supo mantener en su vida su goce, su confianza y su seguridad y a sus dos hijas Paloma Castro Leal y Marcia Castro Leal, que en diversos campos de la cultura, siguen las huellas del trabajo incansable de su padre. A todas ellas les rendimos

ahora nuestro homenaje más afectuoso y cálido y les aseguramos que compartimos con ellas la admiración y el respeto por la obra y la vida de don Antonio Castro Leal.

San Luis Potosí, S. L. P., 28 de septiembre de 1981.

